



Corazón

“El sufrimiento está presente en el mundo para despertar amor...” Esta frase de Juan Pablo II ha servido de inspiración a estas palabras desde el inicio de la pandemia. Hoy, cuando en muchos sitios se empiezan a levantar restricciones para salir de casa, volvemos a esta frase para concluir esta serie de palabras. Y lo hacemos hablando del corazón, porque el corazón es ese lugar exacto donde el sufrimiento despierta el amor.

No se trata aquí de corazón como mero sentimiento. En la Biblia el corazón es el centro de la persona, allí donde toma las decisiones cruciales y donde se iluminan los caminos de su vida. En el corazón, por tanto, está el centro del querer y del comprender.

A la vez, el corazón se refiere a las relaciones. Por eso es el lugar del amor. El corazón es ese lugar donde lo más profundo de nuestra vida se revela también como lo que nos saca fuera de nosotros. Nos ayuda pensar que la palabra “intimidad” viene de “intus”, que significa dentro. Entendemos así – y esto es el corazón – que solo desde la intimidad con otra persona se llega a lo profundo de lo que somos. Por eso dice el poeta: “Prestad atención: / un corazón solitario / no es un corazón”.

Hablar del corazón para entender al hombre, significa poner en el centro de la visión del hombre el amor que une a las personas y las mueve a ver juntos el mundo y a actuar juntos en el mundo.

Pues bien, si el corazón es el centro de cada persona, el corazón de Jesús es el centro para entender a Cristo y su obra y, desde Él, es el centro desde donde entender todo lo que pasa al hombre. Por eso el corazón de Jesús es también el lugar para vivir este coronavirus y para iluminar su puesto en nuestra ruta.

Este corazón, abierto por la lanza, nos revela en primer lugar cómo nos ama Dios. Aquí el sufrimiento despierta amor, porque muestra el amor originario del Padre, que nos ha dado a su Hijo. ¿De qué hablamos cuando hablamos del amor de Dios? De por sí, no lo sabemos, siendo Dios tan misterioso. A Dios nadie le ha visto, y por tanto nadie ha escuchado tampoco latir su corazón, ni si tiene o no taquicardia cuando Dios se alegra o enfada. ¿Cómo se comportará este amor divino ante nuestra miseria? ¿Nos aniquilará, le resultaremos indiferentes por mezquinos? Cristo ha venido a responder a estas preguntas, revelando este amor. El corazón de Jesús es la traducción del amor de Dios, de modo que podemos comprenderlo y encontrar en Él refugio. Y sabemos ya cuánto le importamos y hasta dónde quiere llegar para llevarnos a Él.

Pero el corazón de Jesús no solo revela el amor de Dios al hombre. Sino que revela también cuánto puede el hombre amar a Dios. Nos revela de qué es capaz el corazón del hombre. Pues mirando al hombre podríamos pensar que es poca cosa, que vive curvado sobre sí mismo, que su respuesta no puede estar a la altura del amor de Dios. En la historia de Israel la alianza siempre se rompe por el eslabón más débil, el del hombre, mientras Dios permanece fiel. Pero en el corazón de Jesús Dios ha mostrado, no solo la fuerza de su amor, sino la fuerza del amor humano, el amor de Cristo que se entrega en la cruz. Cristo ha recobrado, como enseñaba san Juan Pablo II, la fe en la capacidad del hombre para amar.

En el corazón de Jesús está, pues, el amor de Dios al hombre y el amor del hombre a Dios. Y como este corazón no es solitario, está también el amor entre los hombres. Porque podemos tener concordia (corazón común) con Él, amar lo mismo y odiar lo mismo. El corazón de María, lugar originario de esta concordia, así nos lo muestra y así nos invita a unirnos corazón a corazón.

Decía Juan Pablo II que el corazón es el lugar donde entendemos que nuestro cuerpo tiene un significado, y que ese significado del cuerpo es el don de sí mismo. Gracias al corazón, por tanto, el cuerpo tiene una palabra, y es la palabra del amor. De manera que el corazón, lugar donde se unen



cuerpo y palabra, es como un sacramento. Tener corazón es vivir desde los sacramentos y para los sacramentos.

Y también tiene una palabra el cuerpo sufriente, porque el sufrimiento despierta el amor. Estos días de cuarentena hemos ido desgranando palabras que nacían de este cuerpo sufriente. Hemos vivido, por tanto, acaso sin saberlo, en el corazón de Cristo. Y en concordia con ese corazón será posible la tarea, que pronto empezaremos, de la reedificación.

Por eso nada mejor que terminar esta serie de palabras con la palabra “corazón”. Quedan aún días de confinamiento, aunque moderados. Entre la luz de estas palabras y la acción, damos lugar a un tiempo de silencio. Porque el silencio precede a la palabra, pero también la sigue. En el silencio germina la palabra, para que el tiempo nuevo y difícil sea tiempo de fecundidad.